

Inma Villanueva Ayala

**Allá
de donde
no vuelves**



Benalmádena, Málaga, 2024

I

Mamá, esta mañana me fui sin despedirme de ti. Ya estoy subida en el tren, voy a intentar escribirte, a ver si lo consigo. No sé ni siquiera por dónde empezar, quizás lo mejor sea que empiece diciéndote que te echo de menos, que siempre te he echado de menos. Eso debe de significar que te quiero, que te he querido más que a nadie en mi vida.

Mamá, me gustaría acordarme de tu olor mientras el tren va con su traqueteo de artificio y el paisaje se cuele a través del cristal de la ventana y me acerca la tierra roja de los campos de mi infancia, los olivares verdes grisáceos, ordenados como peones de ajedrez, las lindes de muros de piedra seca, los alcornoques de ramas retorcidas, gigantes de cuentos desperezándose de mañana, los rebaños de ovejas pastando a lo lejos, impasibles ante el sonido estrepitoso del tren a su paso. Tu olor, mamá, tu olor.

¡Me gustaría tanto acordarme de cómo oías, acordarme de tus abrazos, de tus besos, de cuando me decías cuánto me querías! No sé cuándo acabó todo, pero hubo

un momento en el que se acabó, al menos para mí se acabó. En la casa siempre se ha dicho que no somos gente de muchos abrazos. Yo lo único que intento es recuperar tu recuerdo, intentar acordarme de cómo hueles, porque el olor, dicen, es de los recuerdos más antiguos, de los recuerdos que no se olvidan.

Sé que olías a limpio, que tu ropa olía al suavizante que utilizabas para hacer la colada, una o dos veces al día. Eso era cuando llegaste a tener, por fin, una lavadora que, como tú decías, era el mejor invento que habían creado. Éramos muchos en la casa, mucha ropa que lavar a diario. ¿Recuerdas cuando me llevabas contigo a lavar la ropa al río? Aquí, en esta escena de las dos, el olor es tan real que casi puedo masticarlo. Tú estás inclinada, de rodillas, frotando las sábanas blancas sobre una gran piedra pulida, restriegas el jabón verde, hecho con sosa cáustica y aceite de oliva usado, una y otra vez, mientras te veo charlar con otras mujeres que hacen lo mismo que tú, y el agua se cubre de burbujas de espuma y yo juego con otros niños, con los pies metidos en el río que corre hacia abajo. Luego, extiendes la ropa lavada sobre la hierba que huele a hierbabuena, a la hierbabuena que le echabas a la sopa, y así hasta que vais terminando y volvemos a casa con la cesta llena de ropa limpia.

Ya sabes que me gusta leer, que desde que era una niña, a pesar de que en la casa no había libros, me las agenciaba para tener algún cuento, algún tebeo, y ni que decirte cuando conseguí la primera novela del bibliobús, que venía todas las semanas al pueblo, *La isla del tesoro*. Ay, mamá, aquello fue como si me hubiesen puesto alas. Y luego llegaron *Los tres mosqueteros*, *El conde de Mon-*

tecristo, las *Rimas y leyendas* de Bécquer, y muchos más, muchos más. Hasta hoy día, fíjate, todos los días leo un rato, todos los días, no te vayas a creer.

No sé por dónde empezar, la verdad. Me va a costar mucho escribirte.

¿Te acuerdas de cuando papá me llevaba a cortar hierba para los conejos y llenábamos el saco hasta arriba? La luz de la mañana era tan clara que engrandecía el verde de la hierba, el amarillo y malva de las flores. El brillo reluciente de la hierba recién cortada, el olor a rocío de la primavera. Yo debía de ser muy pequeña. Papá me llevaba cogida de la mano. Todavía vivíamos en la casa de la abuela. ¿Y tú, mamá, dónde estabas?

Pero no te escribo para hablarte de papá, ni de los recuerdos que guardo de él, sino que te escribo para hablarte de mí, mamá, para hablarte de mí y para intentar recuperar tus recuerdos. No tu recuerdo, que eso es diferente.

Me contaste que me ibais a llamar Elvira cuando nací, luego desechasteis ese nombre. Hace muchos años, cuando aún no vivía en la ciudad partida, leí un cuento que se titulaba *Elvira*.

Era la historia de una niña en un día de verano caluroso, en un pueblo pequeño de casas encaladas, en algún lugar del Sur, en la sierra, entre montañas superpuestas que declinaban hacia el mar. Aquel catorce de agosto, apenas se podía respirar. Hacía tanto calor que los habitantes del pueblo temían morir asfixiados, y sólo se les ocurría salir a la calle en caso de extrema necesidad.

En el sopor de las tres de la tarde, después del almuerzo, no quedaba nadie despierto, todos se echaban la siesta. Caían fulminados por el esfuerzo tremendo de la

digestión y por las altas temperaturas de aquellas horas tan inapropiadas para hacer el más mínimo esfuerzo.

A pesar del calor y de la hora de la tarde, Elvira zanganeaba por la casa tratando de olvidar el calor que hacía e imaginándose la vida tan estrecha como el corredor de aspidistras por el que deambulaba cuyas hojas espigadas sobrepasaban su altura. En aquel vagar sin rumbo fijo por la casa y en aquel silencio sepulcral, donde todos dormían para ignorar el calor sofocante, Elvira descubrió que una de las grandes losas de barro del comedor de la abuela se podía levantar, como si se tratase de una puerta secreta, dando paso a unas escaleras que bajaban al subsuelo, y allí, ante los ojos asombrados de la niña, apareció un jardín exuberante, fresco y húmedo, lleno de acantos, de helechos gigantes y de madreselvas de una frondosidad majestuosa. Había baúles entreabiertos, de maderas nobles, llenos de ropas de otras épocas, sedas y bordados, que desprendían un fuerte olor a alcanfor, percheros de pie, de los que colgaban sombreros y abrigos largos que rozaban el suelo de una manera insinuante, un sillón tapizado de terciopelo, rojo bermellón, cubierto de un misterioso polvo luminoso, junto a una mesa ovalada, amplia y pesada, sostenida sobre una sola pata, y desbordada de objetos extravagantes que emitían una luz verde, incandescente; de las ramas de las kentias colgaban collares de perlas blancas, como hechas de nieve, y había vestidos de seda rosa y terciopelo azul tirados por el suelo, empapados por la condensación del ambiente. Elvira pensó que cuando volviese a ver a su amiga Lucía le contaría lo que acababa de ver con sus propios ojos, y subió las escaleras con mucho cuidado de no hacer ruido y despertar a alguien.

Entonces vivían en la casa de su abuela paterna. Una casa grande y vieja, de muros anchos. El suelo de la casa era de barro cocido, que cada cierto tiempo oscurecían con unos polvos rojos disueltos en agua, por eso, cada vez que lo fregaban, el agua se teñía y parecía sucia. Un día, Elvira quiso beber agua del grifo que había en la pila de lavar la ropa, en el patio, y como no alcanzaba, debido a su corta edad, tomó impulso para subir al borde, resbaló y fue a parar de bruces al fondo del agua turbia. Menos mal que su madre estaba cerca y la cogió justo a tiempo de evitar una catástrofe.

La casa, aprovechada hasta sus límites, ofrecía gran cantidad de rincones donde perderse. Muy cerca de la losa por la que había descendido Elvira, se encontraba el dormitorio de la abuela, en el que había un armario de nogal, con las puertas mal encajadas, donde a ella le gustaba esconderse y escuchar, embobada, el ruido de la carcoma devorando obstinadamente la madera.

La abuela dormía con un vaso lleno de lejía sobre su mesita de noche, por si a alguien se le ocurría entrar a robarle. Elvira reconocía que su abuela era una mujer muy valiente. Una vez, desde la ventana del cuarto de baño del piso de arriba, vio a su abuela perseguir con la escoba de palma a una rata del tamaño de un gato. La abuela había cerrado todas las puertas, impidiendo así que nadie la molestara para acabar cuanto antes con la dichosa rata que le estaba vaciando, sin consideración alguna, la despensa. Elvira, con los ojos tan abiertos como si se hubiese llevado un gran susto, miraba a la abuela dar vueltas y más vueltas alrededor de los pilares del patio hasta que consiguió acabar con la rata a golpes. Su madre tuvo que bajar después para ayudarla a limpiar aquel desastre de

sangre que había por todos lados.

La casa tenía una pequeña ventana rectangular en el piso de arriba, que daba a la calle. Estaba en la cámara, que era donde guardaban los melones de invierno, los garbanzos y los sacos de almendras. La reja de forja sobresalía en la fachada.

Durante la siesta interminable, llegaba un momento en el que la niña se aburría de tanto paseo arriba y abajo, y entonces, se sentaba en el alfeizar de la ventana y colgaba sus piernas hacia afuera, jugando a un sencillo balanceo, mientras se entretenía haciendo collares de cuentas con las pipas de la sandía que habían tomado como postre para el almuerzo. Con una aguja que le había dado su madre y una bobina de hilo blanco, iba ensartando, una a una, las semillas negras y brillantes, escuchando atenta el silencio de la casa, y el murmullo de la cocina mientras su madre ponía orden, haciendo tiempo hasta que llegase la hora del baño y la merienda.

A esa hora de la tarde no se veía a nadie en la calle, ni se oía voz alguna. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente para impedir que el calor entrase en las casas. Sólo se oía el canto pertinaz de las chicharras y a Elvira tararear una canción que le habían enseñado en la escuela poco antes de que les dieran las vacaciones, en tanto atravesaba con la aguja las semillas negras de la sandía.

Pero aquel día no era un día normal, como otro de los días calurosos del verano. Distraída con sus collares de cuentas, Elvira se sobresaltó al oír un estruendo que venía del fondo de la casa, un ruido de voces acaloradas, disonantes, de objetos finos y quebradizos que caían al suelo destartaladamente. Sintió miedo y se arrinconó sin

ser capaz de moverse. Al cabo de un rato, cesó el ruido y Elvira siguió con sus collares de cuentas mientras observaba, con el corazón aún palpitante, la calle silenciosa como si fuese una calle fantasma y no la habitase nadie.

Enseguida, volvió a oír esos ruidos incomprensibles. Sintió miedo. Tenía que salir de donde estaba, sacar las piernas de la ventana, dejar los collares de cuentas, levantarse con sigilo, bajar las escaleras, meterse, echándole todo el valor del mundo, en la oscuridad de aquel corredor sitiado de aspidistras y ruscos, y llegar, por fin, a la calle desierta, que parecía un gran agujero blanco. Sin embargo, sus pequeñas piernas, paralizadas por el miedo, no la obedecían. Tampoco podía gritar, se le había ido la voz y, por mucho que abriera la boca e hiciera el esfuerzo, de allí no salía más que aire. Tenía la sensación de estar dentro de uno de sus sueños.

Elvira entró en un estado de trance entre la vigilia y el sueño. Sintió que debajo de la piel de sus brazos se movía algo y se dio cuenta de que tenía unos círculos señalados por donde empezaban a empujar con apremio caracoles con los cuernos agitados. Al principio le dio asco, pero, ante su propio desconcierto, cada vez que un caracol intentaba salir de la piel de sus brazos, atravesando el círculo, le ayudaba usando el paño de algodón con el que había secado las pipas de sandía.

Cayó rendida de cansancio, igual que cuando le daban fiebres altas y cambiaba de nombre a sus hermanos y se olvidaba de que sus padres eran sus padres. De pronto, todo estaba al revés. El techo era el suelo y el suelo, el techo. Podía andar sobre el techo de la casa. Las patas de la mesa y las sillas no tenían la utilidad para la que habían sido concebidas. Los muebles habían perdido su propia